

ANTOINE DE LATOUR (1808-1881), INTERMEDIARIO CULTURAL ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA¹

Por MANUEL BRUÑA CUEVAS

Voy a presentarles la figura de Antoine de Latour, de don Antonio de Latour, como se le llamaba en Sevilla, donde fue uno de los personajes más conocidos e influyentes durante buena parte del siglo XIX. Gran erudito francés, buen escritor, sus obras y su integración en esta ciudad llevaron a esta REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS a acogerlo entre sus miembros, lo que justifica aún más que hoy le dediquemos nuestra atención.

Digo que el haber sido miembro de esta academia solo lo justifica aún más porque, aunque no lo hubiera sido, su labor como intermediario cultural, como puente entre las culturas española y francesa, merece ya de por sí que le rindamos homenaje.

Se lo rendiré exponiéndoles cuál fue su vida y su obra. Podría centrarme solo en su labor de intermediario cultural; sin embargo, su talla intelectual quedaría algo menguada si así lo hiciera. De ahí que prefiera proponerles un recorrido por toda su trayectoria vital. Con ello, me parece, quedará realzado su papel como transmisor de la cultura española en Francia y de la francesa en España.

1. Conferencia pronunciada en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el 15 de marzo de 2011, en el marco de la Semana de la Francofonía. Para ampliar los contenidos de esta conferencia, véanse la introducción y las notas de la obra de Antoine de Latour: *Estudios sobre España: Sevilla y Andalucía*, traducida y editada por Manuel Bruña Cuevas, Ayuntamiento de Sevilla-Instituto de la Cultura y las Artes de Sevilla (ICAS), Sevilla, 2008.

I. ANTES DE 1848

Antoine de Latour, como él suele firmar sus obras, o Louis-Antoine Tenant de Latour, como era su nombre oficial, nació el 30 de agosto de 1808 en un pueblecito lemosino, Saint-Yrieix-la-Perche, a algunos kilómetros de Limoges. Tras realizar sus estudios en la Escuela Normal (1826-1829), ejerció como profesor de Historia en el liceo parisino Henri IV, al que asistían los hijos del rey de Francia, Luis Felipe (1773-1850). Por ello, y porque su padre era bibliotecario del rey, en 1832 Latour fue nombrado preceptor del menor de los príncipes, Antonio de Orleans, duque de Montpensier (1824-1890). Este solo tenía ocho años por entonces; pero, al cumplir los diecinueve, en 1843, nombró a su antiguo preceptor secretario particular, con lo que la vida de Latour quedó ligada en adelante a la de su antiguo pupilo.

Fue precisamente en su calidad de secretario como formó parte Latour del séquito del duque de Montpensier cuando este vino a España, en 1846, para desposarse con la infanta María Luisa Fernanda de Borbón (1832-1897), hermana de Isabel II (1830-1904). Fue su primer contacto con España, pero no su primer viaje con el duque. Ya lo había acompañado en el que había realizado, durante el verano de 1845, por varios países ribereños del Mediterráneo. Nuestro escritor, de hecho, daría cuenta del periplo mediante la publicación de su obra *Voyage de S. A. R. Mgr le duc de Montpensier à Tunis, en Egypte, en Turquie et en Grèce* (París, 1847). Con ella, Latour ponía por primera vez su ya por entonces ejercida pluma al servicio de la dinastía real a la que estaban unidos él y su padre. Dada esta fuerte relación con su antiguo pupilo, no es de extrañar que Latour lo siguiera al exilio cuando se truncó en Francia la fortuna de los Orleans.

En febrero de 1848 estalló en París una revolución que provocó la abdicación de Luis Felipe y proclamó la Segunda República. Tras algunos episodios, el duque Antonio de Orleans y su esposa española lograron llegar a Inglaterra, donde su estancia, sin embargo, no podía ser duradera, dado que este país había llegado a romper relaciones diplomáticas con España precisamente como protesta por su matrimonio: el enlace de María Luisa Fernanda, en aquel momento princesa de Asturias (lo fue

hasta 1851), con un hijo del rey de los franceses fue considerado por los británicos como un peligro para sus intereses, ya que podía dar lugar a una firme alianza entre las coronas de España y Francia, sobre todo en el caso de que, como entonces se veía probable, la reina Isabel no viviera mucho y no dejara descendencia. De ahí que los duques de Montpensier se vieran obligados a poner rumbo de inmediato a Bélgica, de donde pronto saldrían, en un carguero, camino de España. Llegaron a Madrid el 7 de abril, si bien hubieron de instalarse en Aranjuez a instancias del gobierno del general Narváez (1800-1868), que desconfiaba de las consecuencias políticas de la presencia en la corte de la joven pareja.

Fue entonces cuando Latour, emprendiendo también un exilio voluntario, corrió al encuentro de los Montpensier. El 19 de abril llegaba a Madrid y se trasladaba acto seguido a Aranjuez. Pero su estancia en esta ciudad fue justo un descanso en su viaje, dado que el 29 del mismo mes partía con los duques hacia Sevilla; y es que Narváez, considerando que Aranjuez no estaba lo bastante alejado de Madrid como para evitar posibles intrigas, conminó al duque de Montpensier a fijar su residencia en el sur de España. Latour entraba así en Sevilla el 7 de mayo de 1848, quizá barruntándose ya que la nueva tierra que lo acogía se convertiría en su segunda patria y que él mismo, sin dejar de ser profundamente francés, llegaría a ser un sevillano de adopción. La estancia de Latour en Sevilla cambiará completamente la orientación de su producción histórica y literaria. Los temas hispánicos, que no le habían interesado antes de su llegada a España, constituirán en adelante el eje central de sus publicaciones.

Hasta entonces, en efecto, la literatura extranjera que más le había atraído a Latour era la italiana. Había comentado y traducido al francés obras de varios autores italianos más o menos contemporáneos, tales como Vittorio Alfieri (1749-1803), Alessandro Manzoni (1785-1873) o Silvio Pellico (1789-1854).

En lo que atañe a las letras francesas, Latour se había ejercido ya como poeta, ensayista, crítico y editor literario. Antes de llegar a España había publicado tres libros de poemas propios con una impronta fuertemente romántica. Al mismo tiempo, había editado colecciones de poemas de otros poetas franceses

cuyo lazo común era su temática religiosa. La defensa del catolicismo, en un momento de fuerte desprestigio de lo religioso entre amplios sectores sociales de Francia, caracterizaba así, ya por entonces, la actividad intelectual de Latour. Los títulos de estas recopilaciones dan buena prueba de ello: en 1842 daba a la imprenta *La Lyre chrétienne du XIX^e siècle ou Recueil de poésies religieuses contemporaines* (*La lira cristiana del siglo XIX o Colección de poesías religiosas contemporáneas*) y, en 1843, la obra *Choix de poésies religieuses tirées des meilleurs poètes français, avec une introduction et des notices sur chaque auteur* (*Selección de poesías religiosas sacadas de los mejores poetas franceses, con una introducción y reseña sobre cada autor*).

Paralelamente, Latour publicaba en las revistas más prestigiosas del París de la época. Eran a menudo artículos de crítica literaria sobre obras contemporáneas. De hecho, frecuentaba por entonces los círculos literarios parisinos; en 1838, por ejemplo, asistía los jueves, en casa de Marmier, a unas tertulias literarias en que coincidía con personajes tan relevantes como Brizeux o Sainte-Beuve. Y también se trataba con escritores tan consagrados y célebres como Lamartine o Victor Hugo.

Pero si Latour amaba la literatura, no menos le atraía la historia; recuérdese que había sido profesor de Historia en el liceo Henri IV. De ahí que muchas de sus publicaciones en revistas sean de temática histórica y que publicara libros con títulos como *Essai sur l'étude de l'histoire en France au dix-neuvième siècle* (*Ensayo sobre el estudio de la historia en Francia en el siglo XIX*) o *Luther: étude historique* (*Lutero: estudio histórico*), ambos de 1835, así como el titulado *Petits chefs-d'oeuvre historiques* (*Breves obras maestras de tema histórico*), de 1846.

Este es, pues, el Latour que llega a España con cuarenta años de edad: un hombre maduro, conocido en los ambientes literarios e históricos, cuyos artículos acogen de buen grado las revistas más cotizadas; publica a menudo sobre la cultura francesa y se interesa igualmente por ciertos autores italianos. Desde 1848, sin embargo, todo cambiará; su contacto con España hará de él un escritor que seguirá publicando siempre en francés, jamás en español, pero cuyas obras se verán teñidas en adelante por una fuerte presencia de temas hispánicos.

II. ENTRE DOS REVOLUCIONES

Latour se volcará desde 1848 en dar a conocer en Francia tanto la España de su tiempo como la del pasado, con sus costumbres, su arte, su historia y, sobre todo, su literatura. Solo es preciso puntualizar que este interés por lo español no es en absoluto incompatible con su interés primordial por la literatura francesa, sino que más bien es complementario: muchos de los estudios que publicará Latour desde su llegada a España son de carácter contrastivo; a menudo, Latour parte de la literatura española como paso previo para explicar su relación con la francesa, para rastrear influencias, para comparar la personalidad y las tendencias de una y otra tradición literaria. Latour se convierte así en un puente por el que la cultura española se difunde en Francia, pero también en una pasarela por la que los autores franceses y los puntos de vista franceses sobre los hechos culturales tienen presencia en España. Les voy a precisar cómo ocurrió esto.

Solo un año después de la llegada de Latour a Sevilla se publicó en esta ciudad, con el título de *Viaje de S. A. R. el Serenísimo Señor Duque de Montpensier a Túnez, Egipto, Turquía y Grecia*, la versión española de su obra sobre la visita del duque de Montpensier a varios países del Mediterráneo oriental, previamente aparecida en París, como les he dicho, en 1847. Es posible que fuera el propio duque quien la financiara, ya que la oportunidad de esta edición era evidente: instalado el duque en Sevilla, serviría para reforzar su prestigio como estadista y para aumentar su popularidad. Pero también a Latour le sería útil para consolidar en España su fama como escritor; el traductor, Pedro L. A. Dupouy, alaba en su presentación el estilo del original francés y afirma que el libro no desmerecía de los brillantes poemas que habían escrito sobre Oriente los famosos Chateaubriand (1768-1848) o Lamartine (1790-1869). Esta edición puede considerarse, por tanto, como un primer paso en la promoción literaria de Latour en España.

Pero la obra que señala el cambio de rumbo en la producción de Latour es la que aparece, en París y en francés, en 1855, a los siete años del asentamiento del escritor en Sevilla. Lleva el título de *Études sur l'Espagne: Séville et l'Andalousie* (Estu-

dios sobre España: Sevilla y Andalucía). Con este libro en dos tomos, Latour se mantiene en el ámbito de los temas históricos y literarios que siempre le habían atraído, pero se centra ahora en España, más concretamente en Sevilla, proclamada como la ciudad clave del Siglo de Oro, como un compendio de las esencias españolas. Es una presentación de sus calles, sus monumentos, sus fiestas, pero también de su pasado histórico, literario y artístico: en lo histórico, Pedro I o el puerto de Indias; en lo literario, la presencia de Cervantes o Santa Teresa de Jesús en Sevilla, el nacimiento del teatro clásico español con el sevillano Lope de Rueda, el *Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, *La Estrella de Sevilla* atribuida a Lope de Vega, la escuela sevillana de poesía de los siglos XVI y XVII; en lo artístico, la escuela sevillana de pintura desde el siglo XV —con especial atención a Murillo—, la imaginería, principalmente Martínez Montañés... Logra dar así una imagen esplendorosa de Sevilla en que pasado y presente se hallan íntimamente unidos.

Por otra parte, el que el título del libro haga referencia a Andalucía se justifica porque se incluyen asimismo capítulos sobre Santiponce (monasterio de San Isidoro del Campo e Itálica), sobre Utrera y su cortijo de Valcargado —prototipo del campo campañés—, sobre Ronda y sobre Chipiona (convento de Regla). Aunque estas otras localidades ocupan solo un tercio de la obra, son de importancia fundamental en las intenciones del libro: si Latour las visita es porque va en la comitiva de los duques de Montpensier, por lo que la obra constituye una suerte de segunda parte de los viajes del duque al Mediterráneo oriental. El autor aprovecha toda ocasión de presentar a los Montpensier como los perfectos príncipes, muy interesados en conocer de cerca las tierras que los han acogido y cuya población, por otra parte, los aclama continuamente, lo cual es un guiño al partido orleanista francés, puesto que es en Francia donde el libro debía editarse y leerse.

Dos años después, en 1857, lanzaba Latour una nueva publicación sobre un tema relacionado con Sevilla: *Don Miguel de Mañara: sa vie, son Discours sur la vérité, son testament, sa profession de foi*. Ya en el libro sobre Sevilla y Andalucía había contado algunos aspectos, tanto legendarios como reales, de la

vida de este sevillano. Pero esta nueva obra incluso mereció una segunda edición, también en París (1860), lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que Mañara le era familiar al público francés: Prosper Mérimée (1803-1870) había fundido las leyendas, y hasta los nombres, de Miguel de Mañara y Juan Tenorio para crear el personaje de Don Juan de Mañara, protagonista de su obra *Les Âmes du purgatoire* (1834); y poco después lo había retomado Alexandre Dumas (1802-1870), modificándole algo el nombre, en su *Don Juan de Marana ou la Chute d'un ange* (1836). Por esta confusión se explica que Latour abra su libro con el apartado “Don Juan Tenorio et Don Miguel de Mañara”, destinado a deslindar las dos figuras y sus nombres. La tercera edición de esta obra fue una versión española, de Pedro Galonié, aparecida en Sevilla como *Don Miguel de Mañara: su vida, su Discurso de la verdad, su testamento y profesión de fe* (1862). Los mitos y la historia de Sevilla llegaban así a los sevillanos mediatizados por una visión francesa.

Mientras que las dos obras anteriores revelan el estrecho lazo que unía a Latour con Sevilla, la que publica en 1858, *La Baie de Cadix (La Bahía de Cádiz)*, es reflejo de sus frecuentes contactos con las tierras gaditanas como consecuencia de que los duques de Montpensier veraneaban en Sanlúcar de Barrameda, donde se habían hecho con un palacio. Este libro presenta en el título la coletilla *Nouvelles études sur l'Espagne (Nuevos estudios sobre España)*, con el que se indica una continuidad respecto al dedicado a Sevilla, cuyo título comienza, como hemos visto, por *Études sur l'Espagne (Estudios sobre España)*. Ahora bien, aunque en uno y otro se dedica amplio espacio a la literatura, entre ambos existe la diferencia de que, mientras que en el de Sevilla los escritores elegidos son todos de siglos pasados, en el de Cádiz se dedica un capítulo entero a una escritora del momento, un capítulo que ya había parecido el año anterior como artículo en la revista parisina *Le Correspondant*. Este autor coetáneo es Fernán Caballero, seudónimo de Cecilia Böhl de Faber y Larrea (1796-1877).

Latour conocería a Fernán Caballero no mucho después de su llegada a España, posiblemente en 1850, en El Puerto de Santa María. Ambos mantuvieron en adelante una firme amistad,

como bien lo muestra su correspondencia. Además de introducir a Fernán Caballero en el círculo de los duques de Montpensier, que se convertirían en sus protectores y amigos, Latour llevó a cabo, mediante diversas publicaciones, una labor de promoción en Francia de las obras de esta escritora. Es una empresa que sabía desempeñar con maestría: antes de venir a España, ya había conseguido promocionar a varios escritores, tanto franceses como italianos; una vez en España, tal labor de promoción comenzó con Fernán Caballero y se extendería luego a un nutrido grupo de escritores españoles. Bien prueba la gratitud de la escritora hacia Latour el título que, algunos años más tarde, dará a una de sus obras: *Deudas pagadas. Cuadro de costumbres populares de actualidad, escrito para su amigo y favorecedor el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour* (Madrid, 1860). Este libro de Fernán Caballero, por lo demás, también lo aprovechará Latour para seguir aumentando la popularidad de la escritora en el extranjero: el mismo año de su publicación en España, Latour lo traducirá al francés y lo editará en París precedido de varios artículos suyos, ya aparecidos previamente en la revista *Le Journal des Débats* y que son una verdadera crónica de la campaña militar española en Marruecos durante el invierno de 1859-1860. El conjunto llevaba el título de *Une croisade au XIX^e siècle*, es decir, *Una cruzada en el siglo XIX*, donde la cruzada es, claro está, la campaña militar de Marruecos, presentada como una expansión del cristianismo frente al islam.

Tras diez años de estancia en Sevilla, Latour estaba ya plenamente integrado en los círculos sociales de la ciudad. Ciertamente, su cercanía al duque de Montpensier debió de abrirle algunas puertas; sobre todo al principio, cuando apenas si hablaba español y los sevillanos cultos se esforzaban por dirigirse a él en francés. Pero no hay por qué dudar de que fueran mayormente sus propios méritos los que le granjearan las simpatías de los círculos intelectuales sevillanos. Pudo así acceder incluso a algunos de los manuscritos del Siglo de Oro, a menudo aún inéditos, que circulaban por Sevilla en aquel tiempo: ya en 1849, solo meses después de su llegada a Sevilla, le prestaba Juan José Bueno (1820-1881) la copia que poseía del manuscrito original (por entonces perdido) del *Libro de descripción de verdaderos*

retratos, del pintor Francisco Pacheco (1564-1644), copia a la que sacará gran partido Latour en *Études sur l'Espagne: Séville et l'Andalousie*.

Precisamente su buena integración en Sevilla y su talla como escritor francés e hispanista hacen que nada tenga de extraño que la Real Academia Sevillana de Buenas Letras acordara acogerlo entre sus miembros. El 9 de mayo de 1858, Latour presentaba ante los académicos, en el Salón de Actos de la Universidad, su discurso de recepción; lo dedicó a la vida y obra de Jean-Pierre Claris de Florian (1755-1794), escritor francés que consagró parte de su producción a temas hispánicos y cuyas obras aún se traducían por entonces al español. Era el ideal que Latour pretendía conseguir: como Florian, quería ser un intermediario que extendiera lo hispánico por Francia, pero también, como él, deseaba que sus obras en francés, donde la cultura española se analizaba y reinterpretaba con visión francesa, pudieran revertir un día a España por medio de traducciones. Para Latour, además, su ingreso en la academia sevillana era la entrada de un francés, adoptado como sevillano, cierto, pero francés; era la entrada de la cultura francesa en una academia española. De hecho, estuvo a punto de pronunciar su discurso de recepción en francés; si al final accedió a que se leyera en español —ya que no lo leyó él mismo, seguramente por pudor, por su acento— fue por la evidencia de que la publicación posterior del discurso habría de hacerse en español, lo que sin duda no le disgustaría, ya que suponía promocionar mejor su glorificación de Florian y su canto al vínculo histórico entre letras francesas y españolas. He aquí el párrafo con el que termina su discurso de recepción en esta academia:

“La senda que Florian abrió con sus tímidos pasos era sumamente estrecha; honremos, sin embargo, a quien la hizo; pues, merced a ella, han podido llegar más desembarazadamente los autores franceses al conocimiento del verdadero genio español. Así pues, Señores Académicos, dignaos recibir mis rendidas gracias por haberos servido permitir que el Caballero Florian, individuo que fue de la Real Academia

Matritense de la Historia, haya tomado asiento, si tal puede decirse, antes que yo, en la silla que he debido a vuestra bondad y a la que él me ha conducido como de la mano”.

La hispanización de la actividad literaria de Latour incluye también su producción poética. A lo largo de los años que estuvo en Sevilla fue publicando en París varias colecciones de poemas. Los que compuso entre 1848 y 1855 aparecieron en *Un voyage (Un viaje, 1855)*; los posteriores en *À mes amis d'Espagne (A mis amigos de España, 1860)*, *Chemin faisant (De camino, 1863)*, *Fleurs de Castille et d'Andalousie (Flores de Castilla y Andalucía, 1865)* y *À mes amis de tous pays (A mis amigos de todos sitios, 1867)*. Algunos títulos de poemas sacados de todas estas recopilaciones pueden ser una muestra de hasta qué punto la estancia de Latour en Andalucía lo condicionó en su escritura, de cómo su vida y sus impresiones, al reflejarse en sus poemas, aluden forzosamente al sur peninsular: “À Notre-Dame de Regla”, “Le guitarero”, “Le château du Puerto de Santa-Maria”, “L'ermitage de N. D. de Valme”, “À Léopold O'Donnell”, “Chérubin à Séville”, “Aux vierges de l'Andalousie”, “Au dernier des Andalous”, “Le chemin de San Telmo”, “Colonnes de Maëse Rodrigo”...

Paralelamente a su producción poética, Latour sigue aumentando la colección que tituló “Estudios sobre España”. Tras las obras sobre Sevilla (1855) y Cádiz (1858), publica en 1860 *Tolède et les bords du Tage: nouvelles études sur l'Espagne (Toledo y las orillas del Tajo: nuevos estudios sobre España)*, obra de éxito reimpressa en 1866, como siempre en París. Con esta tercera entrega, nuestro autor sale ya decididamente de Andalucía.

Pero el arraigo de Latour en Sevilla era demasiado profundo como para que esta ciudad no le diera nuevos temas de inspiración. En 1863 publica *L'Espagne religieuse et littéraire: pages détachées (La España religiosa y literaria: páginas sueltas)*. Pese a este título, se trata en realidad de un nuevo libro vinculado más o menos directamente a las vivencias sevillanas de nuestro autor. Como en *Études sur l'Espagne: Séville et l'Andalousie*, los estudios que componen esta otra obra, salvo uno,

tienen como centro de interés principal la vida y obra de un escritor o de un religioso nacido en Sevilla o muy relacionado con ella (Francisco de Rojas, Diego Jiménez de Enciso, Juan Nicasio Gallego, Toribio de Velasco, Fernando Contreras...); a través de ellos, Latour comenta numerosos aspectos de la historia pasada de la ciudad y de costumbres o instituciones de su tiempo (los Toribios o el sermón del Patio de los Naranjos, por ejemplo). El libro se cierra, en cambio, como ya fue el caso en *La Baie de Cadix (La Bahía de Cádiz)*, con unos comentarios sobre la producción literaria contemporánea: el penúltimo capítulo lleva por título “Une tertulia littéraire à Séville” (“Una tertulia literaria de Sevilla”). Se trata de la tertulia a la que asistía Latour, es decir, la que, desde el invierno de 1860, organizaba los miércoles, en su casa de la calle Mármoles, el ya citado Juan José Bueno. Latour expone sus impresiones tanto sobre el conjunto de los contertulios como sobre algunos de ellos en particular, dedicando el siguiente y último capítulo a rastrear en los siglos pasados los orígenes de este tipo de doctos círculos sevillanos.

Tal apego a Sevilla, naturalmente, no era ningún impedimento para que estuviera bien relacionado con autores españoles de otras procedencias. Sobre ellos enviaba regularmente artículos a revistas francesas como *Le Correspondant* o la *Revue britannique*. De hecho, su dos siguientes obras —*Études littéraires sur l'Espagne contemporaine (Estudios literarios sobre la España contemporánea, 1864)* y *Espagne: traditions, moeurs et littérature (España: tradiciones, costumbres y literatura, 1869)*— son, como su libro anterior, una colección de artículos previamente publicados. Solo que la mayoría de los ensayos recopilados versan esta vez sobre contemporáneos suyos con poca o ninguna relación con Sevilla; así, Nicomedes Pastor Díaz, José González de Tejada, Antonio de Trueba, Miguel Agustín Príncipe, Gaspar Bono Serrano o el historiador Antonio Cavanilles. Con todo, los autores vinculados a Sevilla no están nunca ausentes, aunque se justifique esta vez su presencia por su relevancia a nivel nacional, como era el caso de Fernán Caballero, Adelardo López de Ayala o el historiador José Amador de los Ríos. Esta presencia sevillana es todavía más patente en la última obra de la que les he hablado, *Espagne: traditions, moeurs et littérature (España:*

tradiciones, costumbres y literatura, 1869). En ella se dedica gran espacio al utrerano afrancesado José Marchena (1768-1821) y a la evolución de los círculos eruditos y poéticos de la Sevilla de su tiempo, con especial atención esta vez al militar poeta Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca (1828-1888), así como a las complicadas gestiones llevadas a cabo por José María Asensio y Toledo (1829-1905) para comprar, tras hallarlo en Fuentes de Andalucía, el original del manuscrito de Pacheco cuya copia tanto le había servido a Latour para componer su primera obra sobre Sevilla.

Lo relativo a este manuscrito da buena prueba de la influencia y el prestigio que Latour tenía en el siglo XIX. Las rocambolescas vicisitudes del hallazgo del manuscrito original por Asensio las había contado Latour en un artículo publicado, en 1866, en la *Revue britannique*; en él da cuenta de que fue precisamente la lectura de la obra de Latour sobre Sevilla lo que reveló a Asensio la existencia de la obra de Pacheco y le llevó a buscar el paradero del original. Ya esto es interesante, puesto que nos prueba que las obras de Latour, aunque publicadas en francés, eran leídas en España y podían tener repercusiones importantes. Pero, además, este artículo de Latour en la *Revue britannique* lo tradujo prontamente Joaquín Guichot (1820-1906), publicándolo en el periódico sevillano *El Porvenir*. Y esta traducción fue incluida por Asensio, como homenaje a Latour, en la primera edición completa que hizo del manuscrito de Pacheco veinte años después, en 1886, o sea, con posterioridad al fallecimiento de nuestro autor.

La última obra de Latour que les he comentado, *Espagne: traditions, moeurs et littérature* (*España: tradiciones, costumbres y literatura*), aunque aparecida en 1869, lleva un prólogo datado el año anterior en Montmorency, donde Latour estaba veraneando en agosto de 1868, fecha que supone un nuevo momento crítico en su vida, en cierto modo comparable al de febrero de 1848. El duque de Montpensier se hallaba entonces exiliado con su familia en Lisboa, ya que había sido expulsado de España el mes anterior, en julio de 1868, por ser uno de los principales instigadores de la revolución que se estaba gestando para destronar a Isabel II; su pretensión era, naturalmente,

obtener para sí la corona de España. La expulsión, así pues, sorprendió a Latour de vacaciones en Francia y, como ya le ocurriera en 1848, vivió el exilio de su antiguo pupilo como un destierro personal: si en 1848 acabó dejando París para seguirlo hasta España, el nuevo exilio del duque suponía para Latour, en la práctica, un alejamiento de Sevilla. Nuestro autor lo vivió trágicamente, ya que, tras veinte años casi continuados de residencia en España, tener que marcharse suponía un trastorno de su existencia. Si esto no se deja ver en el interior de *Espagne: traditions, moeurs et littérature* (*España: tradiciones, costumbres y literatura*), editado –repito– en 1869, es porque todos los estudios que integran la obra son anteriores a la fecha fatídica, pero su pesadumbre queda claramente reflejada en la frase con que se abre el prólogo (traduzco): “Esta nueva recopilación sobre España será probablemente la última que publique”. En tal prólogo, solo deja una puerta abierta a la edición de aquellos otros estudios que, aunque todavía sin enviar a la prensa, ya tuviera más o menos terminados con anterioridad a julio de 1868; pero renuncia expresamente a escribir nada nuevo sobre España por miedo a que pudiera pensarse que ya no sería imparcial al hablar de las cosas del país. Únicamente podría retraerse de esta decisión, dice, si su pluma volviera a sentirse libre del temor a ser mal interpretada porque también España hubiera recobrado la libertad que, siempre según Latour, por entonces le faltaba bajo el cetro de Isabel II.

Tal cambio de situación política llegó al país antes quizá de lo que Latour imaginaba al redactar su prólogo: al mes siguiente, en septiembre de 1868, se produjo el pronunciamiento que abría en España el llamado Sexenio Revolucionario. Al duque de Montpensier se le permitió regresar en junio de 1869. Pero los acontecimientos fueron tales y se desarrollaron tan vertiginosamente, como indicaremos más adelante, que lo que anunciaba Latour en su prólogo llegó a ser una realidad: nunca más volvería a ser el corresponsal de España en París que hasta 1868 había sido. Volverá a escribir sobre temas hispánicos, como veremos, pero ya no será a la manera como lo había hecho en sus recopilaciones de estudios publicados en los veinte años anteriores.

Los acontecimientos de 1868 trastocaron, por tanto, la carrera de Latour en el momento en que, tanto en España como en Francia, su nombre estaba asimilado a la promoción entusiasta de la cultura española. La reseña, por ejemplo, que se hizo de su último libro (1869) en la revista *L'Année littéraire* decía así (traduzco):

“Hace ya unos quince años que D. A. de Latour se viene especializando en los estudios sobre España. Sus relaciones de amistad y entrega con el duque de Montpensier, su antiguo alumno, le han hecho adoptar, allende los Pirineos, una segunda patria. Desde allí, ha observado con perseverancia el país y los hombres, explorado la historia y las costumbres, la literatura y las artes”.

Y del mismo o mayor reconocimiento gozaba en España. En 1866, Joaquín Guichot, en el periódico *El Porvenir*, en el preámbulo a su traducción de un artículo de Latour del que ya les he hablado, decía que la publicaba, entre otras razones, para

“... pagar un tributo de agradecimiento a uno de los pocos sabios extranjeros que, al escribir de las cosas de España, lo hacen con rectitud e imparcialidad, y saben colocarse en situación desembarazada y ponerse muy alto por encima de preocupaciones vulgares que tienden a rebajar las verdaderas y sólidas grandezas de esta nación. El señor de Latour, en una palabra, escribe de España en España; basta esto para que con su buen juicio sepa decir la verdad”.

Latour había llegado a tejer una verdadera red de intelectuales españoles amigos, a menudo teñida de clientelismo. A ello contribuyó tanto su propia labor erudita como su cercanía al duque de Montpensier. Un artículo publicado por Latour en las revistas extranjeras con las que colaboraba suponía una promoción de tal calibre para el autor español concernido que este no podía sino guardar profundo agradecimiento hacia Latour, como hemos visto

en el caso de Fernán Caballero. Por otro lado, el hecho de que la correspondencia dirigida al duque pasara por manos de su secretario, con la labor de intercesión que ello suponía, también llegó a conferir a Latour una capacidad de actuación nada despreciable: el erudito Adolfo de Castro (1823-1898) le escribía para que le consiguiera a un conocido suyo una plaza de profesor en la Escuela de Bellas Artes de Cádiz, pasando incluso por encima del camino ordinario de las oposiciones; y Cayetano Alberto de la Barrera (1815-1872), pese a acabar de recibir una respuesta negativa del Ministerio a su solicitud para ocupar un puesto de bibliotecario, lo obtiene al poco tiempo de haber dirigido una petición de ayuda a Latour, que lo puso en contacto con quien podía procurárselo.

Los casos de este tipo eran numerosos y repercutían luego directamente en la calidad de los trabajos que publicaba Latour. Sabiendo de la gratitud que le debían ciertos intelectuales, ya fuera por haber sido objeto de uno de sus artículos, ya por haber recibido uno de sus favores, nuestro autor no dudaba en escribirles para recabar datos relativos a obras y escritores, del pasado o coetáneos, sobre los que deseaba editar algún estudio. Desde la Biblioteca Nacional, por ejemplo, Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880) y La Barrera –ambos fueron directores de la institución– proporcionaron abundante información a Latour para sus trabajos sobre *Las Batuecas*, Corneille, Diamante, Calderón o el mito de Psique. El vizcaíno Antonio María de Trueba y de la Quintana (1819-1889) se mostrará en su larga correspondencia con nuestro autor, no solo agradecido por el dinero que los Montpensier le proporcionaron por intercesión suya para sus publicaciones, sino conmovido al comprobar que, gracias a los artículos de Latour sobre él, su obra interesaba incluso en Alemania y Rusia, estando por ello presto a proporcionarle datos sobre Adelarado López de Ayala (1828-1879) o, más adelante, ya durante el Sexenio, sobre el sentir vasco ante las medidas tomadas por el Gobierno revolucionario, lo cual sería de sumo interés para el duque, por entonces todavía exiliado en Lisboa. Los ejemplos de este tipo son, pues, variados y múltiples, por lo que solo hablaré de un caso más dada su especial relación con Sevilla.

Como he indicado, *L'Espagne religieuse et littéraire (La España religiosa y literaria, 1863)* incluye un capítulo titulado

“Una tertulia literaria en Sevilla”. Pues bien, este estudio ya había sido publicado previamente en Francia, como artículo, en mayo de 1861. Es de suponer que, para los contertulios de Juan José Bueno, hubo de ser motivo de orgullo el que sus reuniones, gracias a la publicidad que así les había dado Latour, fueran conocidas en los foros especializados europeos, trascendiendo, por ende, el ámbito nacional, donde los periódicos ya daban cuenta de ellas. Y me atrevo a afirmar igualmente que ese artículo contribuyó sobremanera a la idea de publicar las mejores composiciones de los poetas participantes en la tertulia: el mismo año, solo unos meses después de que apareciera el artículo, se edita en Sevilla la compilación titulada *Colección de poesías selectas leídas en las reuniones semanales celebradas en casa de don Juan José Bueno*. Esta obra se abre con una traducción al español del artículo de Latour, anunciado de esta guisa en el prólogo:

“Con el propósito de que el público conozca mejor la índole de la Tertulia literaria, hemos creído conveniente traducir el precioso artículo que en forma de carta ha publicado en un periódico francés de los más autorizados el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, e insertarlo a la cabeza de la colección, tanto porque su autor es ya muy ventajosamente conocido en la república literaria, cuanto porque, siendo extranjero, describe estas reuniones con suma imparcialidad y competencia...”.

Además del reconocimiento que plasmaban tales palabras y la inclusión del artículo en la obra, es evidente que esta se conformó, en parte, teniendo muy presente las opiniones de Latour sobre la docta reunión. Resulta altamente significativo, efectivamente, que sean los poemas que nuestro autor cita en su artículo, traducidos al francés, más aquellos a los que simplemente alude, los que precisamente están recogidos, en su versión original española, en la *Colección* publicada en Sevilla.

Ya se ve, en suma, como la actuación de Latour, lejos de ser marginal, desempeñó un papel dinamizador en los ambientes

literarios sevillanos, en particular, y como supuso, a nivel más general, una labor de promoción de la producción literaria española, lo cual supieron agradecerle quienes con ello se vieron favorecidos. Pero ya se ve también cómo el punto de vista de un literato francés, cómo la perspectiva francesa aplicada al mundo literario español estaba siendo decisiva en muchas ocasiones para conformar el elenco de escritores españoles de fama.

III. DESDE 1868

La revolución de 1868, al derrocar a Isabel II, dio nuevas esperanzas de alcanzar el trono al exiliado duque de Montpensier; tras regresar a España a mediados de 1869, continuó sus esfuerzos para obtenerlo. Pero había demasiados intereses en contra suya, tanto dentro como fuera de España. Entre otros oponentes, estaba, por ejemplo, Napoleón III, emperador de Francia, que no podía permitir que reinara en España un miembro de la casa real francesa de los Orleans, rival de la suya y destronada por la revolución de 1848, en la que el propio Napoleón III tuvo gran protagonismo; seguía habiendo, además, un partido orleanista en Francia, con lo que el acceso de Antonio de Orleans a la corona de España suponía un riesgo para la estabilidad del trono de Napoleón III. Los intereses opuestos a las pretensiones del duque y el hecho de que, el 12 de marzo de 1870, Montpensier hubiera matado en duelo al duque de Sevilla e infante de España Enrique de Borbón (1823-1870), radicalmente antimontpensierista, llevaron a que los partidarios del general Prim (1814-1870) lograran que, para rey de España, las Cortes votaran mayoritariamente, en noviembre de 1870, a favor de Amadeo de Saboya (1845-1890), un hijo del rey de Italia; frente a los 191 votos por Amadeo, Antonio de Orleans solo cosechó 27. Ciertamente, el nuevo rey no duró mucho; abdicó el 11 de febrero de 1873. Pero Montpensier había perdido todas las oportunidades de verse coronado: el mismo día de la abdicación de Amadeo, las Cortes proclamaron la Primera República. Solo tras el pronunciamiento del general Martínez Campos (1831-1900), el 29 de diciembre de 1874, se volverá a la monarquía borbónica; las Cortes proclaman rey a Alfonso XII en enero de 1875.

Es evidente que el Sexenio Revolucionario no pudo ser del agrado de Antoine de Latour. No solo las expectativas políticas del duque de Montpensier no se habían cumplido, sino que, con la coronación de Amadeo, hubo de abandonar otra vez España. Este nuevo exilio suponía también el alejamiento definitivo de nuestro autor. Para colmo, Sevilla fue al principio del periodo revolucionario uno de los principales núcleos antimontpensieristas y prorrepúblicanos. Se comprende, por tanto, que todo ayudara a que se cumpliera el anuncio que Latour había hecho en el prólogo de *Espagne: traditions, moeurs et littérature* (*España: tradiciones, costumbres y literatura*, 1869) sobre que no volvería a escribir estudios sobre este país.

Pero, con ser razones más que suficientes el fracaso del duque de Montpensier y el discurrir de la revolución española para cambiar el rumbo de su pluma, otro motivo más vino a reforzar el sentimiento de hundimiento de todo un mundo que embargó a Latour tras 1868. La candidatura al trono de España del príncipe alemán Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen encontró la oposición del gobierno francés. Pese a que esta candidatura fue retirada, se produjo un incidente diplomático que, convenientemente manipulado por Bismark (1815-1898), primer ministro del rey Guillermo de Prusia (1797-1888), llevó a la guerra entre este reino y Francia. Declarada en julio de 1870, ya en septiembre las tropas prusianas habían infligido varias derrotas decisivas a los franceses; el 28 de enero de 1871 se llegaba a un armisticio que supuso el nacimiento del imperio alemán, proclamado en Versalles, un imperio al que, tras la firma de la paz en mayo, Francia entregaba Alsacia y gran parte de Lorena. Es fácil imaginar cómo debió afectar a Latour la guerra y la oposición del Ayuntamiento de París a rendirse ante los alemanes, lo que dio lugar, en 1871, al sangriento capítulo conocido como la Comuna de París. Por más que Latour viviera todos estos acontecimientos desde el sur de Francia, es de suponer que la toma del poder en París por las clases populares reavivaría en él sus tristes recuerdos de la revolución de 1848.

Dado que ya no puede escribir ni sobre la Francia ni sobre la España de su tiempo, Latour se refugia en las glorias literarias del pasado y en la reedición de sus propias obras. Pero además,

en el otoño de 1872, a sus 64 años, decide renunciar a sus funciones al servicio del duque de Montpensier, una renuncia que conllevaba no volver a residir en España. Es difícil saber si Latour lamentó luego esa decisión, tomada en un momento en que la situación política de España le repugnaba. El hecho es que, cuando el duque regrese a su palacio sevillano de San Telmo en 1876, Latour permanecerá en París. Ahora bien, es posible que permaneciera allí convencido de que la nueva situación de su país tras la guerra lo llamaba a poner su pluma al servicio de un ideal irrenunciable: la defensa de la causa de Juana de Arco (1412-1431).

En Francia, durante el siglo XIX, tanto los progresistas como los conservadores estaban intentando que la figura de Juana de Arco sirviera a sus ideales. A pesar del sarcasmo con que Voltaire había tratado a Juan de Arco en el siglo XVIII, el influyente y famoso historiador del XIX Jules Michelet (1798-1874), republicano y agnóstico, había hecho de ella, en el libro V (1841) de su *Histoire de France*, una heroína popular, encarnación de la emergencia del nacionalismo francés y de la lucha del pueblo contra los poderosos. Condenada a la hoguera por la Iglesia en 1431, Juana se convirtió para la izquierda decimonónica en el símbolo de su propia oposición al poder eclesiástico. La Iglesia reaccionó contra tal visión rehabilitando la memoria de Juana: desde 1869, el obispo de Orleans, Félix Dupanloup (1802-1878), empieza a proclamar la santidad de la joven lorena; sus esfuerzos llevaron a la apertura de un proceso de beatificación, culminado en 1909.

El valor simbólico de Juana se había reforzado entre tanto con la invasión prusiana de Francia, asimilada a la presencia inglesa en territorio francés durante la Edad Media: gracias, en parte, a la joven, y contra las pretensiones del rey inglés, fue coronado Carlos VII, en 1429, como rey de Francia; invocarla equivalía, pues, al deseo de recuperar un día la tierra de Juana, o sea, la región de Lorena, entregada a los alemanes, los nuevos invasores. Dado que, tras la derrota de 1871, había sido proclamada la Tercera República, los monárquicos franceses, cercanos a la Iglesia e igualmente contrarios a la imagen que tenían las izquierdas de Juana de Arco, la reivindicaban también como símbolo suyo, precisamente por su lucha en favor de Carlos VII.

En tal contexto de controversia ideológica, alguien como Antoine de Latour, que conocía al obispo de Orleans Dupanloup y que desde siempre había sido militante católico y monárquico, no podía permanecer impasible. De ahí la nutrida cantidad de escritos que lanza sobre el tema entre 1873 y el final de sus días, logrando incluso que se abriera un museo de Juana de Arco en la localidad que la vio nacer, Domrémy. Juana se convirtió de este modo, como digo, en un símbolo de los monárquicos y de los católicos frente al nuevo estado aconfesional que era la Tercera República francesa. Latour contribuyó no poco a que así fuera.

Pero, como ya he adelantado, las circunstancias políticas, entre tanto, iban cambiando en España. El reinado de Alfonso XII comenzaba en enero de 1875, dejando así zanjado el Sexenio Revolucionario. El duque de Montpensier, obligado por las circunstancias, había terminado por abrazar la causa alfonsina y una de sus hijas, María de las Mercedes, mantenía desde las navidades de 1872 un cierto romance con el joven Borbón, con quien terminaría casándose en enero de 1878. Ante un panorama tan diferente, Latour reanuda sus publicaciones sobre temática española; tímidamente en 1875, resueltamente en 1877.

En 1875, el año de la reinstauración de la monarquía en España, sale a la luz el librito titulado *Algunas poesías de don Antonio de Latour traducidas al castellano o imitadas por varios ingenios españoles y precedidas del discurso por el autor leído ante la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla en el día de su recepción pública, el 9 de mayo de 1858*. Este título describe bien el contenido. Latour edita por vez primera, en París, un libro en español, ofreciéndoselo a quienes le mostraron aprecio en España. Así se deduce, al menos, de la única frase que, a modo de dedicatoria, se lee en los preliminares de la obra: “En obsequio a los ingenios amigos que se han dignado traducir o imitar mis humildes versos. Antonio de Latour. París, 1.º de noviembre de 1875”. Sigue siendo una promoción de lo español en Francia, puesto que el libro está en español y los autores de los poemas son españoles, pero es, asimismo, la consagración definitiva de la influencia de Latour sobre un amplio espectro de poetas españoles de la época, que se prestaron a componer poemas en español inspirándose directamente de los originales en francés

compuestos años antes por Latour. El que la obra se abra con su discurso de ingreso en la academia sevillana simboliza además su proclamación pública de la reanudación de sus contactos con España: por entonces, en 1875, Latour no era miembro numérico de la Academia por no residir ya en Sevilla, pero seguía siendo miembro correspondiente y proclama, por tanto, su vinculación con ella.

Ya nada había en España que justificara su silencio literario sobre el país, con lo que Latour era libre de volver a publicaciones propias de tema hispánico. Hasta en Sevilla había quedado atrás el impacto de la revolución. Desde 1876, la ciudad había vuelto a ser la que le gustaba a Latour: una segunda capital de España merced a la corte de la destronada reina Isabel II, establecida en el Alcázar, y, sobre todo, gracias a la de los Montpensier, que de nuevo desplegaban sus fastos en San Telmo. Fernán Caballero, su gran amiga, muere en abril de ese año, pero su tesón había logrado antes que el Ayuntamiento de Sevilla volviera a ordenar a los serenos que pregonaran la hora comenzando por la invocación *Ave María Purísima*, todo un símbolo de la recatolización de las instancias oficiales de la ciudad.

De ahí que, en 1877, Latour dé un paso más decidido hacia la reanudación de su actividad literaria centrada en España con la publicación de un relato sobre el robo y la recuperación del *San Antonio* pintado por Murillo para la catedral de Sevilla –*Comment un tableau de Murillo fut volé en Espagne, retrouvé en Amérique et rendu à Séville (novembre 1874-octobre 1875) / De cómo un cuadro de Murillo fue robado en España, hallado en América y devuelto a Sevilla (noviembre de 1874-octubre de 1875)*–. Pero, sobre todo, en ese mismo año de 1877 se decide a reanudar su serie de “Estudios sobre España”, esa misma serie cuya interrupción había anunciado tras los acontecimientos de 1868: ahora da a la imprenta, en París, su obra *Valence et Valladolid: nouvelles études sur l’Espagne (Valencia y Valladolid: nuevos estudios sobre España)*. Es verdad que no se trata ya de la publicación de experiencias recientemente vividas. El viaje a Valencia data de mayo de 1862, por ejemplo. Son escritos antiguos que la revolución de 1868 había dejado en el tintero. De ahí que las palabras que nuestro autor aplica a Fernán Caballero, a

cuya memoria dedica el prólogo, no sean, en realidad, sino una justificación velada de su propio silencio sobre temas españoles: “Podría decirse que Fernán Caballero se había condenado al silencio desde el día en que su país había sido descarriado de sus vías seculares por una revolución que violaba todas las creencias de su corazón, todas las costumbres de su vida y de su espíritu”. Y todavía dos años después (París, 1879), Latour publicará la última de sus grandes obras sobre España, *Psyché en Espagne (Psique en España)*, una colección de extractos de diversos autores, tales como Juan de Mal Lara, Calderón de la Barca, Antonio de Solís o Juan Eugenio Hartzenbusch, en torno al mito de Psique y Cupido.

Ahora bien, por entonces, su salud comenzaba a flaquear y las desgracias sobrevenidas a los Montpmensier abatirían su ánimo. María de las Mercedes murió el 26 de junio de 1878, a los cinco meses de ser reina y sin dejar, por tanto, heredero; y al año siguiente fallecía su hermana María Cristina (1852-1879), posible nueva candidata a consorte real. Latour, aquejado de asma, se retiró a Sceaux, cerca de París, y allí acabó sus días el 27 de agosto de 1881. No obstante, todavía aparecerá en 1882 su libro póstumo *Poésies inédites (dernier recueil) –Poesías inéditas (recopilación postrera)–*.

En el momento de su fallecimiento, Latour gozaba de una ya bien asentada y merecida fama de hispanista, tanto en Francia como en España; era también conocido por sus traducciones de autores italianos, que seguían reeditándose, y estaba consagrado igualmente como poeta francés y especialista de la literatura de su país. Su influencia en el discurrir del mundo literario español había sido, como hemos visto, innegable. Los honores que había recibido desde diversos países fueron muchos. En la obra titulada *Catálogo de los académicos existentes en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en mayo de 1877*, Latour figuraba con los siguientes títulos:

“Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, Comendador de la de Carlos III, de las de Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora de la Concepción de Villaviciosa de Portugal, de la de S. Mauricio y S. Lázaro de Italia y del Seichem Iffiar de Túnez, Oficial de la

Legión de Honor de Francia y de la Orden del Salvador de Grecia, Caballero de la Estrella Polar de Suecia, Gentil-Hombre de Cámara con ejercicio, Intendente y Secretario particular que fue de los Excmos. Sres. Duques de Montpensier e Individuo Correspondiente de la Real Academia de la Historia”.

Y todavía se le escapaba a la corporación sevillana, sin embargo, que también era nuestro autor académico correspondiente de la Real Academia Española desde que esta institución lo aprobara el 16 de abril de 1863 por el elevado número de veintidós votos a favor. Por el contrario, no prosperó el empeño de Latour de ingresar en la Academia Francesa, posiblemente por razones políticas. Su candidatura fue presentada en 1876, pero la Academia contaba ya con dos orleanistas: Alfred-Auguste Cuvillier-Fleury (1802-1887), preceptor y luego secretario, como Latour, de otro hijo de Luis Felipe, Enrique de Orleans (1822-1897), duque de Aumale, y el propio duque de Aumale. Uno de ellos, Cuvillier-Fleury, se hace el portavoz de la decepción de Latour por no haber llegado a formar parte de la Academia en el panegírico que le dedicó y que leyó ante los académicos franceses el 11 de mayo de 1882 (traduzco):

“Lo que le faltó en esa consideración universal de la que gozaba y en esa entrañable simpatía que inspiraba, lo que le faltó, señores, tal vez no a los ojos del mundo, pero sí a los suyos, es lo que todavía no habían podido darle ustedes cuando murió: el insigne honor de ocupar un sillón en esta Academia”.

Hasta aquí mis palabras sobre uno de los principales promotores de la cultura española en Francia durante el siglo XIX. Pero también, como compensación, sobre un francés que, desde su alta posición junto al duque de Montpensier, además de colaborar con este en sus maniobras políticas, logró que el punto de vista francés, el de un historiador, poeta, narrador y gran crítico literario francés, tuviera un peso reconocido en los derroteros de los círculos literarios españoles de la época.